

EL MOTÍN

Año XLIII

Madrid, Sábado 17 de Marzo de 1923.

Número 11.

EL MOTÍN

PERIODICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52. MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid: 1'50 pesetas trimestre, 3 semestres; 5 año.—Provincias: 1'50 pesetas trimestre, 3 semestres, 6 año.—Ultramar y Extranjero: 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales: 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta obra, con el 25 por 100 de rebaja.

De jueves á jueves

El sábado mataron á tiros en Barcelona al *Noy del Sucre*. A su lado cayó herido otro sindicalista que le acompañaba y murió dos días después.

Se ignora quién ha matado al *Noy del Sucre*. O casi sería más propio decir que se ignora quién no lo ha matado.

Dicen unos: «Los suyos, los del Sindicato Unico, porque Seguí, á causa de su actual actitud relativamente conservadora, se les había hecho sospechoso. Estaba visto.»

Dicen otros: «Los enemigos, los del Sindicato Libre, que lo tenían sentenciado. Era de esperar.»

Obreros de todos los bandos declaran la huelga de veinticuatro horas en señal de protesta, dando con ello á entender que atribuyen la muerte de Seguí á tenebrosas maquinaciones como las que inspiraron la ley de fugas y la noche trágica, de pesadilla, del atentado, real ó supuesto contra Martínez Anido. «Tuvieron que abrirle las puertas de la Mola, dicen, pero no lo perdonaban. Estaba descontado.»

No faltan, por último, quienes afirman: «Las clases conservadoras, los patronos, por odio al desarrollo de los sindicatos obreros, tienen interés en demostrar que en Barcelona no hay más política posible que la del anterior gobernador. Para ello se valen de atentados terroristas, con lo que de paso suprimen á un enemigo. Está bien claro.»

Cuatro achaques nada menos tiene la muerte de Salvador Seguí. A este triste caso se ha llegado en Barcelona. Para buscar al culpable de hechos

de tal índole, hay que proceder por eliminación. Cada asesinato tiene tres ó cuatro explicaciones igualmente serias y verosímiles.

¿No tendrán los periódicos alguna parte de culpa en el estado social á que Barcelona ha llegado, por llamar *crímenes sociales* á los más insociales de los crímenes?

Recuerdo un hecho que, para mí, tiene analogía. Hace algunos años estuvieron en moda los *crímenes pasionales*. Todo hombre que asesinaba á una mujer cometía un crimen pasional, delito bastante distinguido y eu fónico, y hasta un poco romántico. Esta benévola apreciación era un estímulo para los impulsivos, los vengativos y los chulos. Cierta que los tribunales (¿quién dice que no ganados por el ambiente general?) colaboraban á la obra con monstruosas absoluciones; pero á mi juicio lo principal era la pública simpatía que había para los acusados de crímenes pasionales. Sobre ningún hombre, por depravado que esté, deja de pesar el concepto ajeno. Cuando los periódicos dejaron de hablar de crímenes pasionales y hablaron de asesinatos de mujeres, desapareció de esta clase de asesinatos el carácter de costumbre española que durante algún tiempo llegaron á tener.

No digo yo que no sea mucho más complejo lo que ocurre en Barcelona; pero aun así, creo en la influencia de la equivocada denominación que los periódicos han adoptado para los atentados que allí se suceden.

Además, ¿qué se quiere expresar con lo de *crímenes sociales*? ¿Se pretende comparar á estos siniestros cazadores nocturnos de Barcelona con Bruto ó con Carlota Corday? ¿Quién sabe cuánto hay en estas sangrientas encrucijadas, de rencillas, de agravios personales, de envidia y odio al compañero más capaz ó de más suerte?

Dad á la mayor parte de los hombres la posibilidad de satisfacer sus venganzas ó sus odios bajo el pretexto de servir un ideal, y serán pocos los que duden, los que no cometan el *crimen social* en la primera ocasión que se le presente.

En cambio, lo que no es fácil ver, es qué relación definida guardan estos sucesos de Barcelona con cualquier propósito revolucionario. Lo inquietante no son los tiros, sino que no se descubre la finalidad de los tiros. Los

atentados y colisiones que ha habido el domingo, el lunes y el martes, y de los que han resultado tres muertos y diez ó doce heridos, ¿qué enlace concreto tienen con la muerte del *Noy del Sucre*? ¿No parecen mejor fruto del más desordenado frenesí? Todo movimiento revolucionario tiene interés en definirse. Sin exigencias bien determinadas no pueden lograrse concesiones bien determinadas; sin apuntar claramente al enemigo, mal podremos esperar que se rinda. Pues los sindicatos de una y otra especie niegan siempre ser culpables, ni siquiera amigos, de procedimientos de violencia.

A cada paso salta la contradicción. Si por un momento pensamos que el sindicalismo extrema sus argumentos, y en su apoliticismo, como se dice ahora, no quiere tratar ni pactar con la actual sociedad política y burguesa, sino sólo destruir todo lo existente, nos encontramos con que el maestro Alberola, presidente en la manifestación sindicalista única que se formó el lunes en Barcelona para protestar contra el atentado, dijo desde un balcón del gobierno civil á los manifestantes, y en su proletariado debe apoyar al gobierno liberal de García Prieto por oposición á las clases conservadoras. ¡Con poco liberalismo se contenta el maestro Alberola!

¿Quién carga con los muertos? ¿Por qué y para qué se mata á las gentes en Barcelona? Todo misterio.

Por muy sociales que nos digan que son los crímenes, no podremos dejar de pensar en el barón de Köning, y aun en aquel Juan Rull que pagó sólo en el patíbulo culpas de muchos, porque, desgraciadamente para él, era el único personaje ahorrable de toda la partida. Y en la imposibilidad de encontrar qué intereses superiores pueden servir con los crímenes sociales, habrá que suponer que el terrorismo es una industria que se basta á sí misma.

Ayuno y abstinencia

Quando llega la Cuaresma, se comprende que los médicos que se dedican á la especialidad del estómago, es decir, á intentar la curación de sus dolencias, se hayan hecho ricos. Aquí todo el mundo está malo del estómago, por lo menos en Cuaresma.

—No le digo á usted, señorita, si gusta probar este emparedado, porque supongo

que ayunaré—decimos á cualquiera joven de las que se disponen á hacer ejercicios en Chamartín.

—No, señor; est. y delicada del estómago—contestará en seguida, y se comerá, eso sí, después de rehusarlos graciosamente, diez emparedados.

Por suerte ó por desgracia, es considerable el número de personas que conozco; pero es muy contada la familia que ayuna. Todos son católicos, todos van á misa y muchos son cofrades; pero ya es sabido; aunque se les ve de buen año y no mal color, aunque no se les oye quejarse en todo el año, están delicados del estómago; no pueden ayunar. Lo más que hacen, en obsequio á la forma y por dar cierta variedad á la comida, es abstenerse de carnes los viernes. Esto es, además, de muy buen tono, es decir, tónico.

Gravísimas, muy graves deben ser las dolencias que aquejan á la mayoría de los españoles, cuando, á pesar de su religiosidad, no pueden, como desearan, obedecer un precepto de tal entidad é importancia, muy difícil de observar, si bien se considerara. ¡Vaya si es fácil!

Antiguamente consistía el ayuno en no comer más que una vez al día, en el crepusculo vespertino, merjures frugalísimos; nada de carnes, pescados ni lacticiños. Luego hubo que permitir que la comida fuese al mediodía, y á la tarde se tomase un ligero refrigerio, llamado coleccion. Hubo que consentir después que en la comida se usaran carnes.

Estas concesiones las hacía la Iglesia, como fui siempre su costumbre, para evitar mayores males... cuando ya todo el mundo se había tomado la iniciativa y estaba sancionada la costumbre. Andando el tiempo, se introdujeron varias atenuaciones, entre ellas la *parvedad de materia*, vulgo desayuno frugal. Así ha quedado el ayuno, que puede decirse de él con toda exactitud, no le conoce la madre que le parió.

Resultado: que en estos pícaros tiempos en que media humanidad ayuna forzosamente toda su vida, un fiel cristiano bien acomodado puede ayunar toda una cuaresma (y algún día que otro de los señaldos entre ellos, si es que los sabe ó los recuerda) del modo siguiente:

Por la mañana, jicara de chocolate con tostada sin manteca, con bollos de aceite ó pastas que no lleven huevo. Al mediodía, la comida con carne, huevos, leche y cuanto le agrade, no siendo pescado. Los viernes, al contrario, puede comer cuanto guste, menos carne. No hay limitación alguna en cuanto á la cantidad.

Un canónigo de Toledo, á quien traté mucho, comió delante de mí en un viernes lo que sigue:

Puré de car gregos abundante. Gran plato de potaje de garbanzos, codimentados por unas monjas. Cuatro grandes tajaditas de salmón en salsa. Cocretas de pescado. Frito de merluza. Una empanada con anguilas. Ensalada en gran cantidad. Postres de dulces en almibar y seco; bollos de las monjas, almendras y frutos. Vino seco del Priorato, blanco de Yepes y Jerez á los postres. Un magnífico habano. Esta era una comida frugal, una verdadera penitencia, comparada con la que aquel mismo día se hizo en algunos palacios episcopales y en el refectorio de los dominicos de Ocaña.

Verdad es, y no hay que olvidar esto, que las trece á que se dedican los canónigos, los arzobispos y los frailes son de sobra penosas, y desgastan la actividad lo

bastante para exigir la reparación conveniente, que de seguro no necesitan los trabajadores del campo y del taller, á quienes tanto nutre el aire puro y el saludable ejercicio corporal, como el calor del cerebro á los escritores y demás gente dedicada á los trabajos intelectuales, por todos que sean.

¿Qué puede perjudicar á un maestro de escuela el ejercicio de su descansada profesión? Casi nada. Por eso vemos que ninguno de ellos hace una comida de viernes como la de mi amigo el canónigo.

En compensación hay, por desgracia, mucha gente desprecupada é impii que, á pretexto de que trabaja, no quiere cumplir con el precepto de la abstinencia, como el portero de mi casa, que es albail, y sano y frescote, y, sin embargo, comió un viernes de Cuaresma lo siguiente, sin temor á Dios ni á los hombres, ni siquiera á una indignación, que hubiera sido justo castigo:

Conato de sopa, ó sea, migotes de pan nadando en el caldo, no muy espeso, del cocido. El cocido de patatas y garbanos, y... aquí viene el sacrilegio inaudito, que no quedaría impune si, como desean los neos, hubiera Inquisición. Cuatro onzas de carne con hueso y piltrafas para él y su mujer, y media onza de tocino. La comida, sazonada con media libreta y dos copas de vino peleón, terminó con una enredada de lechuga y un pitillo de los baratos.

Lo que decía la casera á su confesor antes de entrar en los ejercicios del Sagrado Corazón:

—No puedo con ese hombre, y no será porque no le predico con el ejemplo; él mismo ve á mi criado cuando trae de la compra los salmonetes, las anchoas, los huevos y otros manjares de Cuaresma, por carcos que se vendan en la plaza.

De aquí deduzco el mal estado de los estómagos de tanta gente piadosa que no puede ayunar. Haciendo observaciones en esos días, he visto cosas muy chuscas: no en vano vivimos en época de confusión.

Un viernes ví á varios conspicuos reunidos en *La Asturiana* comiendo de carne, si bien mezclada con pescado, con la mayor tranquilidad. De todos ellos recuerdo frases y discursos pronunciados en defensa de la religión.

Por la noche visité á un librepensador foribundo. Estaba comiendo de vigilia.

—No le choque á usted—me dijo—; yo soy muy avanzado, sí, señor; pero, la verdad, estos días... Nada, nada, hay que respetar ciertas cosas...

Respetemos las exigencias del estómago en sus relaciones con la conciencia y la moda; respetemos también las preocupaciones y respetar es hasta la hipocresía; pero confesemos que, á vuelta de todo eso, aquí no ayuna de veras más que el que no tiene que comer.

S. F.

Huelga de ministros

De la observación que de unos años acá vengo haciendo sobre los problemas de carácter social, resulta que la clase que hasta hoy no ha constituido una fuerza poderosa, formando un sindicato para la defensa de sus aspiraciones económicas, es la sacerdotal.

No existe en España corporación gremial que á estas horas se haya abstenido de exteriorizar sus ansias de reivindicación, á no ser la citada; por lo que de su actitud deduce el vulgo con lógica irrefragable: que es la única que vive en el mejor de los mundos y da la sensación de que nuestra patria es una especie de Jauja europea.

Mas no crean los lectores que todos los fenómenos sociales pueden estudiarse por la forma que presentan al exterior. En muchos casos, como en éste, es menester ahondar en la causa que motiva esta inercia, estudiando la psicología de sus componentes.

Así podemos explicarnos perfectamente la diferenciación que existe entre el proletariado de alpargata y el proletariado de levita ó sotana. Los últimos se consideran clase social superior á los primeros, fundamentando su creencia, en muchos casos errónea, de que poseen una superior cultura.

La deducción apuntada nos dará claramente idea de por qué el clero español, en su inmensa mayoría, languidece sumido en un vergonzoso marasmo, sin ánimos para engendrar un sacudimiento de la energía colectiva que pudiera manumitirlo del estado miserable en que se encuentra.

No alcanzo á comprender cómo en las actuales circunstancias, en que no hay menestral con un par de años de aprendizaje en cualquier profesión, que se resigna á ganar menos de un duro diario, que existan millares de presbíteros que reciban esa retribución por sus servicios espirituales en cualquier iglesia parroquial. ¡Y se llaman ministros del Señor!

Si no fuera porque los tímidos lo considerarían irreverente, se me ocurriría preguntar qué señor hay actualmente en la tierra que tenga la absurda pretensión de tener ministros á veinte reales diarios. ¡Ministros! Ni un mal ayuda de cámara se encuentra hoy á precio tan reducido. Cualquier camarero de bar sin pretensiones gana el doble.

Por esto, me resulta incomprensible la pasividad de los curas, que contrasta con la rebeldía de las demás clases sociales, que en su lucha de mejoramiento apelan á los más extremados y cruentos procedimientos.

No ya el deseo de mejorar; es que la carestía del vivir impone la adopción de actitudes enérgicas. A menos que la clase ensotana se nutra del maná bíblico.

No podrá demostrarme nadie que con tan exigüos ingresos pueda un hombre del día procurarse el más liviano vicio, ni la expansión más trivial é infantil. La escasez es enemiga irreconciliable del libertinaje.

No abrigo la pretensión de provocar una huelga de tonsurados. Pero, ¿quién se atreverá á negar que sería tan justa y razonable como la de cualquier oficio?

Animo, pues, amados presbíteros;

á unirse y á vencer. Vuestra burguesía, como todas, se muestra insaciable é intransigente, pero con ninguna clase de esfuerzos podría suplir á todos los que sufrís las consecuencias de su ambición y tiranía.

Ejemplos de resistencia conocí en montón, y si os fuera menester ape'ar al hoy en boga, haciendo el sacrificio de deshacer vuestro hogar, contad con nosotros; que como en nada habéis de perjudicarnos, sea cual fuere vuestra actitud en la lucha, podemos ofrecernos desinteresadamente. Si os veis obligados á repartir las amas y sobriñas, y los compañeros que sigan trabajando las rechazan, enviadas á El Morín, que él se encargará de su reparto y lo hará equitativamente.

Yo aceptaré la que se me designe á poco regular palmito que tenga. Sacrificaremos todos los escrúpulos.

ENRIQUE SANJURJO

Misiones carcelarias

Todos los años acostúmbrese á dar en las cárceles unas cuantas conferencias religiosas ó sermones de misión, que, al decir de la prensa católica, dan óptimos frutos. Véase la clase.

«En la cárcel de... se han celebrado tantas confesiones y comuniones. Tantos ó cuantos infelices, llevados allí por el vicio ó por el crimen, han purificado su conciencia y recibido la sagrada eucaristía con el mayor recogimiento y devoción.

Bendita sea nuestra religión sacrosanta que así conmueve los corazones más empedernidos y redime á los más impenitentes criminales.»

La cifra de los penitentes y comulgantes suele ser, si no exacta, algo aproximada; pero téngase en cuenta que, para inclinar el ánimo de los penados á tan pios actos, los misioneros reparten por cuenta ajena ropas, efectos y algún dinero; dinero, efectos y ropas que se juegan los conversos el mismo día de la comunión, ó cuyo importe va á parar á la cantina.

Tan arraigado queda el sentimiento religioso en aquellos catecúmenos y tan firme es su propósito de la enmienda, que si al año siguiente vuelven los mismos misioneros y examinan por curiosidad los libros del establecimiento, cada uno de los que el año anterior dejaron contrito y arrepentido, ha salido y reingresado en la cárcel seis ó siete veces.

Sucede con frecuencia que un par de jesuitas de los que pasan por más duchos en el arte de engañar conciencias, se lleva quince días charlando en un departamento de discípulos de San Dimas (primera época).

Allí, día tras día, no cesan de exhortarle á que abandonen el mal camino; de aconsejarles el respeto á lo ajeno (consejo que les vendría de perlas á los catequistas); que se enmienden y vuelvan á la vida honrada: todo esto haciéndoles ver lo feo y lo peligroso que es el robo, pues además de que pueden dar con un guardia ó policía que los ponga á la sombra, incurrir en el enojo de Dios, que los castigará en la otra vida con las penas del Infierno; sin advertir que valiente caso ha-

cen ellos de las tales penas. Míz temen á un estacazo de un cabo de vara que á todos los castiga de ultratumba.

Cuando después de tantos días de palique inútil los loyolas se retiran satisfechos de haber reconquistado para la Iglesia unas cuantas gruesas de almas, y convencidos de que no hay rata que se resista á su elocuencia, salen entusiasmados con el resultado de la misión, ambos se comunican sus impresiones.

—Parece que hemos trabajado con fruto, ¿verdad, padre Gómez?

—Así parece, padre Rodríguez. Sin embargo, yo, que como más viejo, conozco á estas gentes, no me fio nunca.

—Creo que han confesado con sinceridad. El último que se ha acercado á mí era un pobre muchacho, que me ha prometido con lágrimas en los ojos que en su vida volverá á quitar un alfiler á nadie.

—¿Es un chilquillo rubio?

—Sí.

—¿Bajo?

—Sí.

—¿Regordete y chato?

—El mismo.

—¡Buen bribón está! Ese me quitó el reloj el año pasado.

—¡Caracoles! Pues éste me lo ha quitado á mí—exclama el otro reverendo metiendo aprieta la mano en el vacío bolsillo de su sotana—. ¡Habrás pillor! Ahora mismo voy á dar parte al director.

—¿Qué va usted á hacer? ¡Oh!, nada de eso. ¡Qué dirían las gentes si lo supieran, después de haber leído el sueto que envió esta mañana á nuestro periódico! Vea usted el borrador:

«Continúan con brillante éxito las misiones que en la cárcel pública de esta ciudad vienen dando á los reclusos de la misma los reverendos padres Gómez y Rodríguez, de la Compañía de Jesús.

Felicítamos á tan incólitos apóstoles de la fe por los felices resultados que obtienen en pro de la salvación de las almas.»

Ya ve usted; después de esto, ¿qué dirían si supiesen lo ocurrido? Que no veníamos aquí más que á perder el tiempo y hacérselo perder á los presos distrayéndolos de los talleres y las escuelas.

—¡Ay! Es verdad—exclamó amargamente el jesuita del reloj evaporado—. ¡Silvese la menta y piérdanse los relojes!

J. G. L.

Lo barato es caro

Al año de fallecer la pobre mujer de Antón, éste por su salvación quiso misas ofrecer.

Fué á ver al cura primero, á quien dijo ingenuamente que era cristiano ferviente pero con poco dinero.

Dió esta explicación concisa, y tras de la explicación el cura dijo:—Aquí, Antón, cuesta ocho reales la misa.

Quedó Antón como el que ve visiones, más creyó feo el entrar en regateo y dijo:—Ya volveré.

Por sí más ventajía hallaba, á la mañana siguiente se fué á casa del teniente á decir lo que pensaba.

En efecto, lo hizo así, y sus propósitos buenos contó poco más ó menos lo mismo que corrió allí, y supo con alegría que complaciente el teniente por seis reales solamente cada misa le daría.

La rebaja le agradó, mas quiso mayor ganancia y á un pueblo sin importancia, cercano, se encaminó.

Nuestro devoto al momento en el pueblecillo aquel buscó al cura, dió con él y le relató su intento.

El buen cura se ablandó á sus súplicas sumisas y por ser varias las misas á tres reales le cobró.

A muy poco de volver Antón al propio lugar, ya después de sufragar las misas por sus mujer, muy amable y placentero al señor cura encontró; aquel á quien consultó sobre las misas primero.

Tras un corriente cumplido el cura á Antón dijo así:—Y de aquellas misas, di, tienes algo decidido?

—¡Pues si las dijeron ya!

—¿Dónde?—En el pueblo inmediato.

—¿Por qué?—Por ser más barato...

—¿Cómo más barato? ¡Ca!

—¡A tres reales cada una!...

(El señor cura al oír esto, no supo aducir razón ni excusa ninguna.)

—Ya ve usted, de éstas á aquellas...

—¿Pero estás en tus cabales?

—¿Cuánto has dicho?—¡A tres reales!

—¡A tres!... ¡Así serán ellas!

M. PERNÍ GARCÍA

Sermón de Cuaresma

PERSONAJES

Un padre franciscano; Un sacristán; Gentes que no hablan.

JORNADA PRIMERA

(En la sacristía)

ESCENA ÚNICA: El padre y el sacristán.

El sacristán.—Mire, padre; yo le he de decir una cosa... Ya sabe usted que acá le queremos mucho, por sus altas virtudes, y sus méritos preclaros, y su sabiduría indiscutible...

El padre (humildemente).—¡Favor, hermano; es favor que me hacen ustedes!...

El sacristán.—No, padre; es justicia pura. Lo único que se le tilda á vuestra paternidad es que estira y aumenta las cosas de tal manera, que... vamos, no hay quien comulgue con ruedas de molino.

El padre (elevando la vista al cielo).—¡Resabios del nacimiento, hermano!... No conseguimos despegarnos de la misera tierra... Yo naí en la de María Santísima, y por allí suelen correrse que es un dolor!...

El sacristán.—El año pasado, en un sermón, nos dijo usted, sobre el milagro de los panes

Y los peces, que todavía se pescan besugos de la costa de aquellos tiempos... Comparó usted a la Virgen con una serrana de... ¿cómo dijo usted?

El padre.—No recuerdo...
El sacris.—¡Ah, sí; de... ¡ola con él!... Y... no digamos nada del peso de la cruz del Redentor!

El padre.—¿Cuánto le puz?
El sacris.—¿Quinientos arrobas!...
El padre.—Me corrí, hermano; lo confieso.
El sacris.—Los feligreses se ríen con esas cosas, que toman el cariz de irreverencias... Y de ahí el temor este año que...

El padre.—¿A que meta la pata?
El sacris.—¿Lo ve usted?... Se le van sin fijarse, padre; y en cuanto está vuestra paternidad en el calor de la predica...

El padre.—¿Camará, ya no hay hombre!... Sí, tiene usted razón...

El sacris.—Y es una lástima, porque vuestra paternidad gosa del don de la elocuencia... Pero, francamente, con chicleos a la Virgen en vez de invocaciones, y árboles por maderos, y besugos inmortales...

El padre (como ocurriéndosele una idea).—¿Y si, cuando se me ocurre una exageración, hubiera alguien tan caritativo que me avisase para enmendarlo a tiempo?

El sacris.—¿Quién le va a avisar?

El padre.—Usted mismo, hermano.

El sacris.—¿Y cómo?... Un aviso en mitad del sermón sería cosa...

El padre (regocijado).—¡Canela, hermano, y de la final!... Tengo el medio. Usted, mientras yo esté predicando, se está debajo del púlpito... detrás de la columna... Yo llevo atado un bramante... no en la pierna, que me podría caer... ni en el sayal, porque podría ser visto... ¡Ya está! Atado en los cordones del hábito... ¡perfectamente!... Como es cosa que cueleja, nadie va a fijarse mientras esté yo en el púlpito.

El sacris (mirándole con curiosidad).—¿Y qué he de hacer yo con el bramante?

El padre.—Muy sencillo. Cuando yo suerte una de esas que parten el sentío... usted, hermano, dá un tironcito... Eso hará la señal de que debo rectificar en el acto mismo... ¿Está usted conmigo?

El sacris.—¡Si eso es bastante, por mí no ha de quedar.

El padre.—¡Ná, pues hoy mismo empiezan los tirones. ¡Ha comprendido?

El sacris.—Será servida vuestra paternidad

JORNADA SEGUNDA

(En la iglesia)

ESCENA ÚNICA: El padre en el púlpito. El sacristán escondido detrás de una columna, y los devotos que escuchan.

El padre.—¡Ah, hermanos míos en Jertú!... El mundo sería bueno, si no fuese rematadamente malo. ¿Y por qué es malo?... Por que no es bueno. Todos, todos llevamos encima el pecado original... ¿Y sabéis lo que es el pecado original?... Pos es pecado origen, como si dijésemos... Y el origen es el de nuestros primeros padres; como si dijésemos, Adán y Eva... ó Eva y Adán, como mandan los cánones de la galantería. ¡Oh hermanos míos en Jertú!... ¡Qué pecado más grande er cometido por aquellos padres, también originales, porque de ellos es el origen de la humanidad presente, y preterita y venidera!... ¡Da aqueyo viene todo!... Vosotros padecéis por aqueyo, y yo también, y nuestros padres, y nuestros hijos... ¡(digo, vosotros; porque yo no tengo más que una zobriña, y toavía como zi no la tuviese, porque es mi ama ó cosa por el estilo... Pos bien; er pecado original fué por la fruta prohibida... por la pícara manzana que nos gusta a todos... ú os gusta, mejor dicho... ¡La manzana de la discordia, er medio de que se valió er demonio pá tentar ar señó Adán, que se puso con la dichosa manzana bueno, pero bueno!... Er demonio ze le apareció en forma de serpiente... una gran serpiente, hermanos míos, con una cola lo menos de diez kilómetros de larga.

(Primer tirón del sacristán desde su escondite. El predicador disimula el movimiento y prosigue.)

Puede que no tanto, hermanos míos amadísimos... Puede que la cola de la serpiente no pasase de cinco kilómetros ó cosa así...

(Segundo tirón del sacristán, que hace empujando por un momento al buen padre.)

Es posible que ni á eso llegase la cola... Como los tiempos aqueyos son ya remotos, es er caso que los historiadores no han logrado ponerse de acuerdo. Además, los textos za grados no precisan er largo de la cola de la serpiente. Pero yo, fundándome en algunas palabras de argún zanto que he visto en argún libro, le echo por lo menos á la mardita serpiente aqueya, causa de todos nuestros males, unos trescientos metros, más que me nos...

(Tercer tirón y nuevo movimiento del orador, que empieza á impacietarse.)

Sin embargo, eso de la longitud de la cola no influye gran cosa pá lo demás, que es lo importante. Zupongamos que no tuviera trescientos metros, que tuviera solo doscientos... (Otro tironcito. El predicador se descompona, suda, se agita, balbucea unas palabras, da por fin un pufetazo en el borde del púlpito, y se vuelve subitamente hacia el sitio donde estaba escondido el sacristán). ¡Mecachistis yal... Lo que es usted, hermano, me dejará sin cordones, pero yo... yo no dejo sin cola á la serpiente, ¡cál!...

DIEGO DE DIA

La calentura del padre Tomé

El reverendo padre Tomé de San Luis Gonzaga había prometido á la Comunidad y á sus numerosos hijos espirituales que predicaría el próximo domingo, promesa que dió origen al más grande alborozo. No era de extrañar. El padre Tomé tenía fama de hombre cultísimo y elocuente, y muchos de sus sermones habían circulado por Europa y América como modelos de oratoria sagrada. Además, el tema de su anunciada oración, «Comentarios al divino alumbramiento de María», no podía ser más interesante ni ofrecer más basto campo para que luciesen vigorosas las magnificencias de su verbosidad y de su talento.

La Comunidad estaba contentísima, y, en prueba del alto aprecio en que tenía al reverendo padre Tomé, colgó lujosamente el templo, instaló en él alumbrado nuevo y sillás nuevas, lo perfumó con incienso y mirra y sinó y arregló el órgano monumental, haciendo estudiar al organista dos ó tres obras de los más famosos compositores.

Los hijos espirituales por su parte, y especialmente las hijas, preparándose para el sabroso sermón conó para un acontecimiento de esos que sólo ocurren de tarde en tarde, verbigracia, un eclipse de sol, que pone en conmoción á todo el universo astronómico. Habíanse dispuesto regalitos y mensajés, poesías laudatorias, vestiduras sagradas y libros de rezo de ediciones raras, y, por consiguiente, costosas.

Al fin llegó el día anhelado. La iglesia se llenó de fieles; el altar mayor parecía un ascua; los muros estaban cubiertos de magníficos tapices; el órgano llenaba las altas naves de hermosas armonías en las que se adivinaba á los clásicos de la música sagrada; un blando y místico perfume empapaba el espacio; por los esbeltos ventanales entraba tímidamente el sol, asustado de aquella oleada de luz, de aquellas nubes de incienso, de aquellos torrentes musicales que adquirían en lo profundo de las capillas dulces y misteriosas sonoridades.

De pronto circuló una noticia espantosa: El padre Tomé estaba en su celda con

calentura, y mientras no se le pasase le era imposible predicar. ¡Qué dolor el de aquél auditorio! ¡Qué peandumbra la de aquélla Comunidad! Muchos lloraban, temiendo que el mal del reverendo padre fuese más grave y amenazase acabar con su preciosa vida; los más animosos intentaron llegar hasta la celda para conocer la verdad de la pérdida calentura que tan súbito espanto había puesto en el ánimo de todos; pero un lego les cortó el paso rogándolos no turbasen el reposo que su paternidad necesitaba, y hubieron de volver grupos.

Mientras tanto, la iglesia se iba entristeciendo, las luces se apagaban, el órgano había enmudecido, el olor del incienso desaparecía en lo profundo de las capillas. La tristeza lo invadía todo...

El lego guardián de las habitaciones del padre Tomé había sentido pasos cautelosos en una escalerilla secreta, y, movido de juvenil curiosidad, se escondió detrás de un mueble para ver sin ser visto. Y, en efecto, vió el pobre lego lo que nunca soñara ver en aquel rincón alejado de las miserias mundanales. Tan estuporoso le había dejado su descubrimiento, que no oyó el rechinar de una puerta ni volvió en sí hasta que sintió su hombro oprimido por la mano vigorosa del propio padre Tomé, que salía de su celda y que le preguntó con voz tonante:

—¿Qué buscáis ahí, hermano?

A lo que respondió el lego haciendo de típicos corazon:

—Estaba viendo pasar la calentura de vuestra paternidad. Por cierto que iba vestida de negro y olía á violetas.

J. MENENDEZ AGUSTY

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR A EL MOTIN

Rafael G. Requena, Córdoba, 4 pesetas.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Córdoba.—Rafael G. Requena, abonada la suscripción á fin Diciembre 1923.

Almodóvar.—Ricardo Borrego, id. á fin Diciembre 1923.

Zaragoza.—Joaquín Chacón, id. á fin Diciembre 1923.

Sedavi.—Francisco Rodríguez, id. á fin Febrero 1924.

Idem.—Sociedad Gremial, id. á fin Marzo 1924.

Barcelona.—Isabel Barrios, recibido su giro de 5 pesetas; conforme.

Gijón.—Félix López, id. de 40; conforme.

Yecla.—Juan A. García, id. de 5; conforme.

Carlet.—Jaime Cabrera, id. de 10'50; va libro.

Campelo.—Radesindo Donis, id. de 25; van libros.

Jaudenes.—José Núñez, id. de 5; conforme.

Puerto de Santa María.—José Muñoz, id. de 30 á su cuenta.

Alóñar de San Juan.—V. Escribano, id. de 2 á cuenta.

Badajoz.—Antonio Gregori, id. de 20 para qué?

Zafra.—José Gordillo, id. de 10 á su cuenta.

Imp. Juan Pérez.—Paseo de Valdecilla, 2.—Madrid.